

sometidos de Haleb y Kinnesrin; bastó una diversion de tropas del Irak, dispuesta por Omar, en la Mesopotamia, para obligar á la obediencia á los árabes cristianos de aquel país que se habían adherido de nuevo á los griegos, y poco despues el ejército imperial sufrió tambien una derrota que le forzó á encerrarse otra vez en Antioquía. Durante largo tiempo no volvemos á tener noticia de nuevas tentativas de los bizantinos en territorio sirio, cuya completa ocupacion debió de proseguirse entonces sin incidentes notables en todo lo que no había sido ya sometido. Despues de la entrega de Damasco, volvió á distribuirse el ejército de los musulimes en las cuatro divisiones primitivas. Estas se repartieron entre las varias comarcas; el mismo Abu Obeida ocupó el Norte, Amr empezó á sitiar á Jerusalem y Schorahbil y Yezid conquistaron las ciudades fenicias de las costa. Estos caudillos cumplieron en lo mas esencial sus respectivas misiones en el transcurso del año 16 (637), y así Omar, antes de terminar aquel año, pudo emprender su viaje á la Siria, cuya situacion se había propuesto organizar personalmente. Mientras que en Schabiya, donde habían empezado los primeros combates antes de la batalla decisiva junto al Hieromax y donde un antiguo palacio de los príncipes gasanidas ofrecia cómoda residencia, dictaba Omar á los sirios, que aguardaban sus órdenes, las leyes que en adelante debían obedecer las poblaciones sometidas al califato, y mientras ajustaba los tratados con las tribus árabes cristianas que, en parte, eran atraídas al Islam y en parte, á lo menos, incorporadas en cierto modo al Estado, se continuaba con ardor el sitio de Jerusalem, cuya rendicion se consiguió por último en el año 17 (638). Seguramente el califa había anhelado contemplar con sus propios ojos la santa ciudad de los judíos y de los cristianos, lugar de tantas revelaciones y gracias de Dios, solo desconocidas y falseadas por la ingratitude de los hombres; ciudad en que solo una vez fué permitido al Profeta, por milagro divino, elevar en espíritu su oracion. Hizo su entrada, segun refieren los escritores musulmicos, con aquella humildad y sencillez de que el antiguo compañero de Mahoma jamás se desprendió ni aun cuando fué señor de un gran imperio: montado en un camello y envuelto en un modesto y viejo manto de pelo del mismo animal, como uno de los haraposos beduinos que ya se habían visto anteriormente vagar por los mercados sirios, se presentó el nuevo soberano á los atónitos habitantes de Jerusalem, á ellos, que habían visto no solo al propio y victorioso emperador Heraclio ó á algun afamado *patricio* sino hasta al mas insignificante subprefecto bizantino recorrer majestuosamente las calles de la ciudad santa con armadura resplandeciente de oro, sobre adornado caballo de batalla. Con orgullo hacen referencia los historiadores árabes á la humilde sencillez de esta exhibicion, que, por otra parte, avergonzó á los otros musulimes, ya maleados por su permanencia en la tierra conquistada. Ciertamente que otra fué la impresion de los bizantinos: «Entró en la ciudad santa, —refiere un cronista posterior, —vestido con ropas de pelo de camello, empolvado, con expresion de satánica hipocresía en el semblante. Quiso ver el templo de los judíos que Salomon había mandado edificar para hacer de él un lugar de oracion para sus propias blasfemias de Dios. Sofronio (1) exclamó cuando le vió: —¡Esta es, en verdad, la abominacion de la desolacion (2) en el santuario, profetizada por Daniel!— y el héroe de la fe vertió abundantes lágrimas por el pueblo cristiano. Cuando Omar estaba en la ciudad le pidió el patriarca que recibiera de su propia mano una vestidura de tela y una camisa; pero él se

(1) El patriarca á la sazón de Jerusalem. Murió poco despues de la rendicion de la ciudad en marzo de 638.

(2) Daniel, cap. 9, v. 27, segun la version griega.

negó á ponérselas. Con pena pudo decidirle á que las usara hasta que se lavaran sus propios vestidos, y luego los devolvió á Sofronio cuando se hubo puesto los suyos.»

Pero la satisfaccion de ver triunfar la verdadera fe en el centro mismo de la idolatría debía pagarse cara. Tal vez ya en el año 17 (638), aunque con toda fuerza en el año 18 (639), á consecuencia de la guerra, estalló la peste en la Palestina y en la Siria. Se cebó principalmente en Emmaus y sus alrededores, pero tambien de un modo espantoso en las demás comarcas de aquel país. Entre las 250,000 víctimas que se dice causó aquella epidemia, se encontraron tres de los victoriosos generales árabes: Abu Obeida, Schorahbil y, por último, tambien Yezid, á quien Omar había nombrado sucesor del primero. En su sustitucion designó el califa á su hermano Moawiya, que le había seguido en la campaña como voluntario y que debía gobernar por mas de cuarenta años aquella provincia, convirtiéndola en núcleo del poderío durante largo tiempo incontrastable de la casa Omayya. Era á la sazón hombre de unos 40 años de edad, que hasta allí apenas había tenido ocasion de distinguirse especialmente, y que como su hermano Yezid solo debía su posicion influyente al deseo del califa de conservar buenas relaciones con el partido de la Meca, que capitaneaba Abu Ssofyan, así como, por otra parte, el partido de los mas piadosos tenia la satisfaccion de ver como lugarteniente de Persia, en Kufa, á Sa'ad Ibn Abí Wakkas, uno de los mas antiguos compañeros del Profeta. Moawiya no parece que poseyera extraordinarias dotes militares; pero así como despues se mostró el político mas astuto de su época, tuvo tambien desde el principio el talento de saber rodearse de hombres aptos, llevando á las empresas guerreras una incansable tenacidad que jamás se entibió ante los primeros reveses. Así se esforzó durante su vida entera en aprovechar todas las circunstancias para extender las conquistas de su pueblo en todas direcciones mas allá de las fronteras de las provincias ya ganadas.

Al principio permaneció en la Siria, mientras despues que Antioquía hubo abierto sus puertas á los musulimes, en el año 17 (638), quedaba todavía por conquistar Cesarea. Ya Amr, y despues de este Yezid, habían proseguido el sitio (18=639); Moawiya lo continuó, pero hasta Schawwal 19 (octubre 640) no logró tomar la importante fortaleza, y eso gracias á la traicion de un judío. Con esto quedó completada la sumision de toda la Siria. En el interin Iyad había pasado el Eufrates desde la Siria septentrional en el año 18 (639) y apoderándose, hasta el año 20 (641), por lo general sin tener que emplear la fuerza, de las ciudades de la Mesopotamia, y la toma de Mosul por el ejército de Irak en aquel mismo año puso feliz término á estas conquistas. Prosiguióse inmediatamente el avance hácia el Norte, donde la Armenia, destrozada por discordias intestinas, ofrecia fácil presa á los invasores. Aquel país, desde el principio de su historia, había participado de la misma suerte que su vecina Mesopotamia, siendo la manzana de la discordia entre poderosos Estados limítrofes; y como consecuencia de los ataques exteriores, á los cuales correspondian con fatal regularidad las divisiones intestinas, no había logrado jamás, á pesar de su nacionalidad, conservada hasta el día de manera tan marcada, alcanzar una organizacion política propia verdaderamente independiente. Hasta los últimos tiempos del reino sasanida, persas y bizantinos se habían disputado el territorio armenio; desde la gran victoria de Heraclio recibia nuevamente sus leyes desde Constantinopla; pero, á causa de la perpétua desunion de los magnates, á la cual no podía imponerse con eficacia el gobierno central, situado á tan larga distancia, apenas había podido tampoco gozar de tranqui-

lidad en aquella época. Así, los árabes solo encontraron resistencia parcial y mal dirigida cuando en el año 21 (642), á las órdenes de Habib Ibn Máslama, penetraron por el valle del Eufrates superior hácia el lago de Wan. Dieron la vuelta al lago por sus lados Este y Norte pasando por el Ararat, se introdujeron en el valle del Araxes, tomaron por asalto á Dwin, capital entonces del país (6 octubre 642 = 6 Zul-ka'ada 21), y se retiraron con rico botin y muchos prisioneros. Al año siguiente (22=643) repitieron la incursión con tres cuerpos de ejército que causaron de nuevo grandes devastaciones hasta la Georgia, pero uno de estos cuerpos sufrió un fuerte descalabro que le infirió Teodoro, el de Rescht, uno de los principales magnates de la Armenia á quien el emperador Constante había confiado el mando del ejército. En combinacion con las divisiones del ejército del Irak, que habían penetrado aquel mismo año en el Aderbidyan, se reprodujeron las correrías en los años siguientes (1), hasta que en el 29 (650) una tregua, ajustada entre el emperador y los árabes, proporcionó algunos años de tranquilidad á la Armenia.

Entretanto Moawiya había tratado de obrar tambien por mar contra los bizantinos. El prudente Omar no se había podido decidir á que se confiara la vida de los soldados de la fe á las inseguras olas del mar, cosa de que apenas jamás se había oido hablar en la Arabia; pero en tiempo de Othman se cambió de parecer. Moawiya, á quien en la costa fenicia no le faltaban ni barcos ni marineros, mandó preparar en los años 27 ó 28 (648 ó 649) una escuadra que reforzó con cierto número de barcos pedidos prestados al lugarteniente árabe de Egipto, Ibn Abí Sarh, y se trasladó á Chipre. Entonces fué tomada y arrasada la capital de la isla, Constancia, la antigua Salamina, y á los habitantes que no fueron llevados prisioneros se les impuso un fuerte tributo. Pudo tambien entonces Moawiya atacar á la bien fortificada Aradus, situada en una isla junto á la costa siria, que estaba todavía en poder de los griegos; no consiguió la primera vez abrir brecha en los muros de la ciudad, pero volviendo al año siguiente (29=650) obligó á capitular á la guarnicion. Empeñó luego correrías por el Asia Menor, devastando especialmente la Cilicia y la Isauria; y temiendo el emperador Constante por la seguridad de su capital, se avino á celebrar un convenio con Moawiya, mediante el cual obtuvo una tregua de tres años á cambio del pago de un tributo.

Cuando terminó esta tregua, en el año 32 (653), fueron grandes los temores en la Armenia por la repetición que seguramente era de esperar de las correrías árabes; por lo que Teodoro de Rescht prefirió apartar el inminente peligro por medio de una espontánea capitulacion, y celebró con Moawiya un tratado que concedió á los armenios condiciones extremadamente favorables y aseguró interinamente á los musulimes una especie de soberanía sobre el país. Pero inmediatamente se levantó el partido adicto á los bizantinos y con auxilio de tropas griegas puso en grave apuro á Teodoro, dando lugar con ello á un nuevo ataque de Moawiya. Otra vez pasaron las fronteras los ejércitos musulimes á las órdenes de Habib Ibn Máslama, y expulsando á los bizantinos, sometieron todo el territorio hasta el Cáucaso. Al propio tiempo marchó tambien Selma Ibn Rabí'a desde el Aderbidyan hácia el Norte; á través del paso de Derbend, entre los montes y el mar Caspio, y penetró en el territorio de los cazares que moraban al otro lado, donde fué aniquilado casi por completo su ejército por aquel pueblo guerrero, de modo que solo muy pocos pudieron salvarse, repasando

(1) Los detalles son aquí tambien inciertos; griegos, árabes y armenios se contradicen unos á otros y, en parte, entre sí mismos. Me he esforzado en tomar por base de mi exposicion los testimonios relativamente mas seguros.

el Cáucaso despues de indecibles penalidades. No tuvo mucho mejor resultado otra empresa, —á lo que parece de mayores proporciones, —dispuesta por el mismo Moawiya: una expedicion contra Constantinopla, que organizó por mar y tierra con grandes fuerzas (2) despues que su almirante Abul-A'awar hubo sometido de nuevo á Chipre, sublevada por excitacion de los bizantinos al terminar la tregua. Ciertamente que los árabes llegaron hasta Calcedonia despues de haber tomado á Rodas, pero una tempestad dispersó allí la escuadra, destruyendo gran número de buques, de suerte que tuvieron que regresar sin haber conseguido su objeto (32=653). A pesar de estos reveses se mantuvieron los musulimes en la Armenia hasta que estalló la guerra civil (36=657); entonces Moawiya, que necesitaba todas sus tropas para sí mismo, se vió forzado á abandonar temporalmente aquella posesion insegura, y aun en el año 38 (658), á comprar al emperador un armisticio de algunos años por un tributo considerable. En este punto, las discordias interiores paralizan todas las operaciones de los árabes por algun tiempo.

Cuando en el año 18 se confió á Yezid, despues de la muerte de Abu Obeida, el puesto de lugarteniente de la Siria, hacia ya bastante tiempo que se encontraba Amr Ibn El-Así ante los muros de Cesarea. Parece que no le convenia tener entonces á su antiguo subordinado como general en jefe suyo; á lo menos vemos que entregó á su hijo el mando de la mayor parte de las tropas de sitio hasta que llegara Yezid, marchándose él con 3,500 hombres, sin conocimiento ni orden del califa, hácia las fronteras egipcias. No era hombre Omar para sufrir una desobediencia, y envió inmediatamente en pos del terco general la orden para que, en el caso de que no hubiese pasado ya las fronteras, detuviese su marcha en el acto. Pero el emisario solo llegó á alcanzar á Amr en El-Arisch, en territorio egipcio, y así pudo este continuar su expedicion. La había emprendido con el deseo de proporcionarse en la tierra de los Faraones la lugartenencia independiente que había perdido en la Siria, estando aquella tierra ciertamente mas madura todavía para la conquista musulmica de lo que se había mostrado la Siria misma. Ciertamente que el emperador Heraclio tenia precisamente en Egipto la base de su propia grandeza y había emprendido desde allí con todo vigor la lucha contra el abominable Focas (3). Pero la antigua adhesion de los habitantes había desaparecido desde los edictos religiosos y era odiado el patriarca Ciro, representante de la tendencia religiosa de la corte en aquel país tan severamente monofisita. Además, los funcionarios militares y civiles estaban tambien divididos allí, como en la capital, en los partidos de los azules y de los verdes (4), que se hostilizaban de todos los modos posibles si bien se mostraban perfectamente acordes en vejar á los habitantes por todos los medios imaginables. No es, pues, de extrañar que la resistencia opuesta allí á la invasion de los mahometanos apareciese aun mas débil que en la provincia vecina, así como mas manifiesta la inclinacion de los coptos á arrojarse en brazos de los extranjeros. Ciertamente que tambien en esto debemos contentarnos con la impresion general y con algunos poquísimos hechos, porque de los relatos mal coordinados y muy discrepantes entre sí de griegos, coptos y árabes, no puede obtenerse un concepto fiel y comprensivo.

Ni siquiera es posible dilucidar la fecha del comienzo de

(2) Los bizantinos solo hacen mencion, además de la conquista de Rodas (653 ó 654), de una batalla naval en las aguas de Licia, en el año 655, que terminó con la victoria de los árabes; la exposicion del texto está de acuerdo con dos antiguas fuentes orientales.

(3) Hertzberg: *Historia de los bizantinos*, de esta coleccion.

(4) Hertzberg, id., id.

la expedición de Amr. Los árabes la colocan en los años 18 ó 19 (639-640) y casi podría aceptarse como la más probable, dada la participación de aquel caudillo en el sitio de Jerusalén, que duró hasta el año 17 (638) (1); pero, por otra parte, deberíamos deducir de los apuntes de un egipcio coetáneo de la conquista, que por cierto poseemos en forma muy incompleta, que la campaña debió de iniciarse ya un año antes. Únicamente puede asegurarse que en el año 19 (640) los árabes, á las órdenes de Amr, pelearon con los generales griegos en Egipto y que se abrieron camino, pasando por el delta del Nilo, de difícil acceso, hácia el interior del país, donde saquearon el fértil llano del río y el Fayum, los alrededores del antiguo lago Moeris. A pesar de que en la lucha pereció el general en jefe de los griegos, Juan, duque de Barka, no consiguió Amr hacer progresos decisivos porque Teodosio y Anastasio, jefes de la administración militar civil del Egipto en Babilon, la antigua Menfis, mantuvieron en jaque sus escasas fuerzas con considerables masas de tropas imperiales. Vióse, pues, Amr obligado á pedir auxilio á Omar, y estando ya empeñado el honor de las armas musulmicas, le envió en el acto el califa 4,000 hombres á las órdenes de Es-Sobeir, uno de los más respetados compañeros del Profeta, que hasta allí había permanecido constantemente al lado del soberano como hombre de su confianza. Casi al mismo tiempo que este llegó también á Egipto Teodoro, nuevo general en jefe que enviaba el emperador Heraclio para sustituir al malogrado Juan. Teodosio y Anastasio no se mostraron muy dispuestos á compartir con él su autoridad y pensaron relegarle al último término para conseguir ellos por sí un gran triunfo, y por eso se dejaron fácilmente arrastrar fuera de Babilon y derrotar por el astuto Amr, cerca de Heliópolis, donde había permanecido con una tercera parte de su ejército mientras que había hecho marchar por rodeos al resto para caer sobre la retaguardia de los bizantinos. La derrota de los imprudentes fué completa; á duras penas pudo salvarse la ciudadela de Babilon, cayendo la ciudad en poder de los musulimes (20=641), los cuales tuvieron así libertad para tomar posesión de algunos distritos de la parte superior del Nilo, como también del Fayum. Síguense ahora dos años del más horroroso desorden en que el desdichado país tiene que soportar las más duras penalidades. Los coptos monofisitas, desde el principio de la invasión, habían intimado en muchas comarcas con los extranjeros, enemigos de los odiados dominadores griegos; otros, por el contrario, encontraban á estos últimos menos insoportables, en todo caso, que los rapaces beduinos, y así comenzaron aquí y allí los egipcios á combatir unos contra otros destrozándose mutuamente. En Alejandría, donde después de la toma de Babilon se habían refugiado tropas y paisanos en gran número, luchaban verdes y azules como si en Egipto no existiera ningún árabe, y el populacho de la abyecta capital no dejó perder tan hermosa ocasión de entregarse al desorden y al pillaje, costando á Teodoro grandes esfuerzos volver á restablecer el orden. En estas circunstancias aparecían, ora en el delta, ora río arriba, las huestes de los invasores extranjeros, y aunque las ciudades del bajo Egipto, situadas entre los varios brazos del río, hubieran podido defenderse de acometidas aun más serias, no hubo más que miseria y desolación en todas partes. Los musulimes no hacían grandes progresos, y sobre todo debieron convencerse de que las extensas fortificaciones de Alejandría desafiaban todo ataque que pudieran emprender contra la ciudad; pero menos aun estaban los bizantinos en posición de dejarse ver fuera de las plazas fuertes.

(1) Si se prescinde por completo de Cesarea, para lo cual se está autorizado.

Para colmo de las desdichas que abrumaban al imperio bizantino, terminó en 11 de febrero de 641 la muy agitada vida del emperador Heraclio. Aunque en sus últimos años, y aun puede decirse que desde la batalla del Hieromax, abatido por la enfermedad y la desgracia, no era ya más que la sombra del poderoso príncipe militar que había salvado más de una vez al Estado consolidándolo de nuevo con inusitadas victorias, su muerte añadió á los males existentes la explosión de discordias intestinas que paralizaron las últimas fuerzas del reino (2). Ciertamente que el inmediato sucesor de Heraclio, el enfermizo Constantino III, había mandado decir á Teodoro, en Alejandría, que muy pronto le enviara nuevos refuerzos; pero cuando el joven emperador hubo muerto ya, en mayo de 641, y subió al trono Heraclionas, se sintió tan inseguro el gobierno, presintiendo la revolución que amagaba, que consideró conveniente poner término de una vez á la situación angustiosa de Egipto para no tener que desprenderse de mas tropas de la capital y de las provincias vecinas. Encontrábase á la sazón en Constantinopla Ciró, patriarca de Alejandría, hombre que debía de ser inteligente, buen observador y que no se hacía ilusiones sobre su propia situación y la de su gobierno respecto de los coptos. Ya había enviado á Heraclio, después de los primeros triunfos de los árabes, informes en que le aconsejaba con llaneza entenderse amistosamente con los bárbaros, aunque fuese sobre la base del pago de un tributo, y aun se dice que por su propia cuenta se había dirigido á Amr para saber las condiciones que este aceptaría (3). Añádese que Heraclio se indignó mucho á consecuencia de esto y ordenó al patriarca que se presentara en la capital, encarcelándole después de censurarlo vivamente. Así, pues, cuando la consideración de su propia seguridad obligó á Heraclionas á prescindir de nuevas empresas militares en Egipto, mandó llamar á Teodoro de Alejandría; y cuando este, como Ciró, le manifestó su opinión de que no bastaban los recursos existentes para sostener la provincia, fueron enviados ambos á Egipto para ajustar la paz con las mejores condiciones posibles (4). Llegaron de regreso á Alejandría en 17 de setiembre de 641 (20); pero como en el ínterin había estallado la rebelión en Constantinopla y sido destronado Heraclionas, se comprende que no consideraran conveniente por de pronto entablar negociaciones antes de ser conocidos los intentos del nuevo gobierno. Tampoco podía este por el momento hacer nada en favor de Egipto: el nuevo emperador Constante II, de once años de edad, estaba todavía rodeado de peligros en la capital, y además se estaba en guerra con los longobardos en Italia, y así se dejaron abandonados los asuntos de Oriente. Cuando en 25 de agosto de 642 (17 Rabí II, 21) había capitulado la ciudadela de Babilon, aumentando de este

(2) Véase Hertzberg: *Historia de los bizantinos*.

(3) Los historiadores árabes refieren algo parecido de un copto, al que llaman El-Mukaukis y designan como jefe de los egipcios. Aquí están confundidos el hecho de la buena acogida que los coptos dispensaron á los conquistadores con el de las negociaciones de Ciró, que obedecían á móviles muy distintos, y el obispo (como en Damasco) con el gobernador. El nombre El-Mukaukis está aun por explicar; probablemente se refiere á un título bizantino atrozmente desfigurado ó á una palabra copta.

(4) La relación entre los asuntos egipcios y la situación de la capital la ha hecho evidente por primera vez Ranke (*Historia Universal*, V, I, pág. 148). Con el seguro golpe de vista del verdadero historiador, demuestra que á Heraclionas y á su madre debía repugnarles enviar á Egipto las tropas hostilmente predisuestas contra ellos que acompañaban en Calcedonia; que debieron deducir de lo que les expuso Ciró que sería posible dejar administrar á Egipto temporalmente por Amr, el que, en cierto modo, parecía dispuesto á entrar al servicio del emperador, y que bajo este aspecto se explica naturalmente la á primera vista extraña autorización dada á Ciró para negociar con Amr.

modo el peligro para las poblaciones que hasta entonces se habían visto libres de vejámenes por parte de los árabes, comenzó Ciró seriamente las negociaciones, y en octubre de 642 (Zul-hiddscha, 21) quedó ajustado el tratado de paz. Por él los bizantinos se obligaron á pagar desde luego un tributo determinado, á sacar todas las tropas del país en el transcurso de once meses y no volver á enviar jamás un ejército á Egipto; y en cambio los árabes se comprometían á dejar á los cristianos en posesión de sus iglesias y de su propia administración y á no mezclarse bajo ningún concepto en sus asuntos interiores (1).

Si bien era imposible para el gobierno griego enviar precisamente entonces fuerzas de alguna consideración á las provincias orientales, no dejaba de ser vergonzoso que se aviniera sin lucha á abandonar la ciudad de Alejandro Magno, que después de tantas pérdidas, aun era tan rica y tan fuerte. Los habitantes se pusieron fuera de sí de indignación cuando tuvieron noticia de la suerte que les amenazaba, y poco faltó para que quitaran la vida á Ciró; pero abandonados por la impotente metrópoli, no pudieron ó no quisieron decidirse á arriesgar vidas y haciendas en lucha desigual por la libertad. Así, se conformaron con que en 29 de setiembre de 643 (9 Zul-ka'ada 22), después que con arreglo al tratado las tropas bizantinas hubieron evacuado el territorio, entraran los bárbaros árabes y se acomodaran como en tierra propia en la magnífica ciudad (2). El que tuvo medios para ello prefirió emigrar á Constantinopla en compañía de las autoridades imperiales. Toda la importancia de Alejandría como plaza comercial consistía en ser punto de comunicación entre Europa y el Oriente, y durante largo tiempo apenas se pudo contar con el tráfico pacífico con los sarracenos (3); así no hallaba compensación el comerciante griego á la molestia de tener que sufrir la dominación de los infieles. La decadencia de la gran ciudad, tan floreciente en otro tiempo, se consumó con la resistencia que opuso el califa á la pretensión de Amr de establecer en ella su cuartel general. Omar no quería tener en Egipto, como no había querido tener en Persia, un gran río entre la residencia del lugarteniente y la suya propia, y así dispuso que Amr se estableciera en la orilla derecha del Nilo. En su consecuencia fundó Amr, junto á las ruinas de Babilon, y, según se dice, en el lugar que ocupó su tienda durante el sitio, una nueva ciudad á la que, por lo mismo, se dió el nombre de El-Fostat, «la tienda», que es el antiguo Cairo de nuestros días. Pero esto no bastó al previsor califa. Egipto había sido el granero así del antiguo mundo

(1) Como este era un verdadero tratado, no es de extrañar la benignidad de las condiciones; cierto que los musulimes no las cumplieron en manera alguna concienzudamente. Sobre todo los impuestos fueron muy pronto elevados hasta el último extremo, ejerciéndose también toda otra clase de vejámenes, de modo que los desdichados coptos no tardaron en encontrar peores á los nuevos amigos que á los señores de que acababan de librarse. El mismo Ciró, se nos dice, se esforzó en vano para obtener de Amr el exacto cumplimiento de las condiciones del tratado, y en 10 de abril de 643 murió de pena por la suerte que él mismo había acarreado al país.

(2) Según los relatos árabes, que parecen confundir esta primera toma pacífica de Alejandría con la conquista que se efectuó después del levantamiento en el año 25, de la cual haremos luego mención, penetraron los musulimes á viva fuerza, y, por consiguiente, causaron grandes destrozos en la ciudad. Pero según los apuntes de los contemporáneos, esto es erróneo, y desde luego es falsa la conocida relación del incendio de la Biblioteca alejandrina por orden de Omar, incendio que no es atestiguado por ningún autor antiguo árabe ni bizantino, que por primera vez aparece en un escritor del siglo XIII y que, por otra parte, adolece de inverosimilitudes en más de un concepto.

(3) Así llaman á los árabes, tanto ahora como antes del Islam, los escritores occidentales; el origen de este nombre no se ha podido explicar todavía, siendo, en todo caso, defectuosa la derivación de la palabra árabe *scharbí*, oriental.

romano como del bizantino, y era evidente su importancia para el abastecimiento de la seca é improductiva Arabia, especialmente de las ciudades santas. El camino de las caravanas por la península del Sinaí y luego por el Sudeste hasta Medina, era largo y fatigoso; así, cuando Omar tuvo noticia de que un canal había antes unido al Nilo, en las cercanías de Babilon, con el golfo de Suez, mandó que se restableciera, pues de este modo por el mar Rojo se podía llegar sin dificultad á los puertos de la costa occidental árabe y dar mayor rapidez á las comunicaciones por medio de emisarios como á los transportes de trigos.

Los musulimes cumplieron su promesa hecha á los egipcios de dejar en manos de los habitantes la administración del país, de modo que no eran ellos mismos los que oprimían directamente al desdichado pueblo, sino que lo hacían por mediación de tráfugas griegos y coptos que supieron granjearse su buena voluntad y monopolizaron la influencia en los diversos distritos en que ejercían sus funciones. «Estos hombres, dice un cronista contemporáneo, estimaban á los infieles y odiaban á los cristianos; obligaban á estos á llevar á los musulimes forraje para sus animales, y exigían de ellos que además de las usuales prestaciones entregaran también leche, miel, frutos, ajos, cebollas, etc., etc. Los egipcios cumplían estos mandatos porque estaban continuamente atemorizados. Obligáronles á abrir el canal de Trajano (4), cegado desde hacía mucho tiempo, para conducir el agua de Babilon hasta el mar Rojo. El yugo que imponían á los egipcios era más pesado que el impuesto á Israel por Faraon, á quien Dios castigó justamente precipitándole con su ejército en el mar Rojo, después de haber azotado á los egipcios con todo género de plagas en hombres y animales. ¡Que el castigo de Dios caiga sobre estos ismaelitas y que obre con ellos como con el antiguo Faraon! A causa de nuestros pecados permite Dios que seamos tratados así. Pero en su longanidad, Nuestro Señor y Salvador Jesucristo se acordará de nosotros y nos salvará, y esperamos también que destruirá á los enemigos de la Cruz, como está escrito en el libro de la verdad.» Esta plegaria del pobre obispo Juan de Nikiu, que escribió hácia fines del siglo VII, no fué escuchada; después de los árabes vinieron los turcos, y recientemente otra vez los cristianos imperan allí, pero la suerte de los coptos es hoy la misma que entonces, pagar impuestos y abrir canales.

Aunque Omar hizo su voluntad, á la larga no se mostró satisfecho de Amr; probablemente sin razón, llegó á sospechar que su teniente no enviaba á Medina con puntualidad todo el dinero que sacaba á los egipcios. Hubo con este motivo una correspondencia muy viva, cuya legitimidad, por cierto, no está comprobada, entre el severo califa y su sagaz administrador, que en vano procuró hacerse bien querido del injusto Mammon intentando sobornar á un emisario del califa que fué á examinar sobre el terreno los asuntos rentísticos. El hombre era honrado y rechazó el soborno; pero Omar á lo menos puso al lado de Amr en el Egipto superior un sub-lugarteniente que no le era adicto en la persona de Abdallah Ibn Abí Sarh, no queriendo desprenderse de aquel porque se esforzaba con celo y buen éxito en llevar siempre más hácia el Occidente las armas musulmicas. Amr, tal vez ya antes de la ocupación de Alejandría (5), que tenía asegu-

(4) Este emperador había mandado abrir de nuevo el canal de Suez, ya existente en la antigua época egipcia, y construir el ramal á Babilon, que á la sazón era de tanta importancia para los árabes.

(5) Los árabes la colocan en el año 21 (642), pero según los datos egipcios solo se efectuó en setiembre de 643 (fines del año 22). Pero como aquellos mencionan luego la conquista de Trípoli, fijándola, la mayor parte de ellos, en el año 22, queda así dudoso si aquí también hemos de añadir un año ó admitir que Amr marchara hácia la Pentá-